Un síndrome de Estocolmo colectivo

PEDRO JOSÉ CHACÓN DELGADO
PROFESOR DE HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO EN LA UPV-EHU

¿Es que no hay justicia en la sociedad vasca que premie a quien respeta la vida y castigue a quien la utiliza para sus propios fines?

Hablar de vencedores y vencidos con el final del terrorismo en el País Vasco supone que los vencedores son los partidarios del Estado de derecho, que con la acción combinada de policía y colaboración internacional se ha conseguido acabar con el crimen político organizado, mientras que los vencidos son los que hasta ahora atemorizaban, eliminaban, extorsionaban u obligaban a marcharse a quienes no estaban de acuerdo con su propuesta de independencia, porque no asumían que el País Vasco forme parte de un hipotético Estado llamado Euskal Herria, el cual a su vez vive secularmente sometido por sus dos Estados vecinos del norte y del sur, léase Francia y España respectivamente.

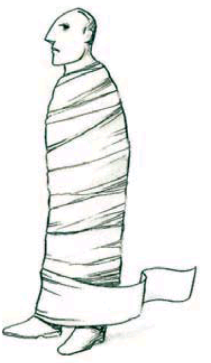
Los vencidos, según este esquema, deberían asumir su condición cuanto antes, ya que el terrorismo que ellos nunca condenaron se ha dado de baja para siempre, aunque no se haya disuelto todavía, porque tiene que hacerse cargo de ciertas consecuencias y eso lleva tiempo: tema de presos, etc. Pero es que esos vencidos, aun dándose por aludidos, no quieren asumir un papel subordinado, y no porque esa no sea forma de superar el 'conflicto', como dicen, sino porque ello estaría en contra de uno de sus principios intocables: tratar al Estado español de igual a igual. Hay quien afirma incluso que eso de vencedores y vencidos es cosa de la guerra civil española. En su lugar también se ha dicho que todos debemos salir vencedores de esta 'fase del conflicto' en la que estamos.

Pero lo que no se acaba de entender muy bien en esta asignación de papeles es de qué modo pueden unos y otros estar hablando en esos términos cuando, como recordó aquí Iñaki Unzueta ('Medianoche en Euskadi', 18-12-2011), el terrorismo ha conseguido que el panorama político vasco haya evolucionado durante toda la Transición en un sentido favorable a quienes empuñaron las armas y a quienes les justificaron, dando lugar a un reparto político completamente distinto al que históricamente tuvo el País Vasco. En efecto, a las tres identidades políticas dominantes que distinguió Juan Pablo Fusi para antes de la guerra civil (liberalismo fuerista, nacionalismo y socialismo), se le ha añadido ahora la que representa un nacionalismo abiertamente rupturista y con una cultura política gestada en el revolucionarismo del siglo pasado, opción que precisamente ha engordado su militancia y sus éxitos electorales al abrigo de la violencia ejercida por su brazo armado durante toda esta Transición.

El escenario político en el que ahora mismo estamos inmersos, tras el anuncio de cese definitivo de la violencia, se encuentra bajo los efectos de lo que muchos han denominado un auténtico tsunami nacionalista radical, que ha arrasado en las últimas elecciones generales, donde la tendencia hasta ahora había sido de predominio de los partidos estatales, y que amenaza con dar un vuelco completo a la composición del Parlamento vasco en las próximas autonómicas. Por lo tanto, la pregunta que se impone es: ¿quiénes han salido en realidad vencedores del final de la violencia?

La respuesta está tan clara que es como para caer en el abatimiento. ¿Es que no hay justicia en la sociedad vasca que premie a quien respeta la vida y castigue a quien la utiliza para sus propios fines? ¿Habrá que pensar que nuestra capacidad de juicio moral ha quedado definitivamente tocada tras tantos años de mirar para otro lado, tras tantas veces de correr los visillos para no seguir viendo lo que teníamos en la calle, delante de nuestros propios ojos, tras tanto oír aquello de «algo habrá hecho» con que tranquilizar nuestras vergüenzas?

Los que hasta ahora han sido partidarios de conseguir sus objetivos políticos mediante el recurso a la violencia están encantados, exultantes incluso. No hay más que verles. Se han liberado de lo que para ellos ya era una rémora y saben que el viento de la política vasca sopla a su favor. Dan por bien empleado todo lo padecido aquí y así es como hablan de reconocimiento de «todas las víctimas», ya que todas las víctimas, o lo que es lo mismo, el periodo anterior de abuso sobre el derecho a la vida y a la libertad, que se ha ejercido de forma abrumadoramente mayoritaria en una sola dirección, es el que ha posibilitado que ahora mismo vivan en pleno éxtasis político.



:: JOSÉ IBARROLA

Los que no estamos de acuerdo con los objetivos políticos de quienes hasta ahora han apoyado el terrorismo, los que no creemos que sea necesario ni conveniente tener independencia para que el euskera se salve (¿de quién?), los que creemos que el independentismo se basa en una forma errónea de ver la historia vasca, los que, en definitiva, nos consideramos vascos y españoles no estamos dispuestos a aceptar que solo haya una forma de vivir en el País Vasco o de sentirse vasco. Creemos que el euskera debe servir para comunicarse entre todos los que vivimos aquí, no para llevarnos a la independencia. Creemos que hay otra forma de entender la historia vasca, más cabal y real que la que propone la separación de España. Creemos, en definitiva, que no tienen razón quienes nos quieren llevar por una vía política, social y cultural estrecha, uniformizada, por momentos soberbia y envanecida a partes iguales, e insolidaria con el resto de españoles.

Vivimos aún bajo los efectos de la violencia política ejercida aquí durante demasiados años y no somos capaces todavía de quitarnos de encima su amenaza. El miedo se ha instalado dentro de nosotros y cabe afirmar, sin caer en el desvarío, que nuestro comportamiento electoral actual es fruto de un síndrome de Estocolmo colectivo. Hay una gran parte de nuestra ciudadanía vasca que piensa que es mejor así, que es mejor votarles, darles la razón con tal de que no vuelvan a las armas. Pero si los que antes mataban no tenían ninguna razón, ¿por qué ahora, que no lo hacen, se la tenemos que dar?